



Habitar en el Centro Histórico, detrás de los monumentos

*Y los zaguanes huelen a humedad
puertas desvencijadas
miran al patio en ruinas.*

JOSÉ EMILIO PACHECO

Impresiones, recuerdos, imaginarios, representaciones, es lo que nos encontramos detrás de una fachada, al abrir la puerta de una vecindad, al penetrar sus muros, al dirigir la mirada a sus interiores, al mirar a la profundidad, como dice Baudrillard:

Lo que constituye la profundidad de las casas de la infancia, la impresión que dejan en el recuerdo es evidentemente esta estructura compleja de interioridad, en la que los objetos pintan ante nuestros ojos los límites de una configuración simbólica llamada morada (1960: 14).

No es sencillo observar y analizar qué significado tiene para los habitantes su casa, cuál es la configuración simbólica de la morada. Este trabajo intenta describir cómo es una vecindad ruinoso ubicada en el Centro Histórico de la Ciudad de México, para mostrar algo del significado que adquiere para sus habitantes.

Desde la entrada puede observarse una fachada en ruinas, lo que se encuentra en el espacio exterior a la vecindad, depende drásticamente del día de la semana en que se visite, puesto que las actividades, los ocupantes, los objetos que ahí se ubican no son los mismos de lunes a sábado que los domingos.

La vecindad de Academia número nueve se ubica en el Centro Histórico de la Ciudad de México, exactamente junto al Museo José Luis Cuevas. En estas zonas los espacios cumplen diversas funciones, entre las principales se encuentran las de casa habitación, comercio establecido, oficinas, sobre todo gubernamentales, centros culturales y de recreación, así como de comercio informal.

* Profesora-Investigadora de la UAM-Xochimilco.



Esta conformación urbanística de la zona centro de la Ciudad de México data desde la época porfiriana, cuando en una política deliberada se modificó la vieja traza de la ciudad, ampliándose el centro para dar la imagen del “orden y progreso” prevalecientes en ese régimen, imprimiéndole “un sello arquitectónico moderno que reflejara en los diseños y formas la riqueza y la opulencia de la cual disfrutaban los beneficiarios del crecimiento económico” (De Gortari y Hernández, 1988: 69). Con ello, la parte céntrica quedó destinada al comercio, los hoteles y los edificios públicos.

Paulatinamente, los antiguos palacios fueron abandonados por sus moradores originales, transformándose en vecindades que con el paso del tiempo y bajo las condiciones del régimen de renta congelada se volvieron ruinosas.

En un día normal prácticamente resultan indisociables las condiciones de trabajo de los vendedores ambulantes con las condiciones de habitación, y en el caso de la vecindad visitada, constituye una característica esencial de las formas de habitar. A la entrada del inmueble, lo primero que se observa es una aglomeración de vendedores ambulantes que ofrecen retazos de telas de diversos tipos. Ocupan toda la acera y parte del arroyo vehicular en ambos lados de la calle de Guatemala. Al abigarrado grupo vendedor de géneros se le suman aquellos que ofertan diversos tipos de alimentos: frutas y jugos, quesadillas, refrescos y comida chatarra.

Este tipo de urbanización —donde se combinan los sitios de comercio establecido o ambulante, con otros destinados a la habitación, sobre todo de grupos sociales de bajos recursos— tiene un punto neurálgico a partir de los sismos de 1985, cuando las paupérrimas condiciones de vida quedaron al descubierto con los derrumbes en el Centro Histórico de la ciudad y cuando la organización social desbordó la estructura gubernamental (Sánchez, 2000, en prensa). Los habitantes de gran parte de estas vecindades se han organizado para obtener vivienda digna, lograr créditos gubernamentales y han protagonizado procesos de lucha durante varios años.

Una característica fundamental de estos espacios es la combinación en un mismo sitio de habitación y empleo, lo cual resulta básico para entender la lógica que



Fachada principal de la vecindad, que aún conserva sus rasgos arquitectónicos coloniales (fotos: Reyna Sánchez Estévez).

mantiene a ciertos sectores sociales arraigados en el centro de la ciudad, aun a costa de la obtención de otro tipo de beneficios. Esta actitud es contraria a una lógica racional, que empuja a separar los espacios de la morada con los del trabajo. Como dice Lindón (1999: 46), existe una

Creciente separación entre los lugares de trabajo y los lugares de residencia, racionalidad que localiza a cada una de estas funciones en espacios diferentes y separados. [...] Así se combinan el valor de la tierra, las rentas, la accesibilidad, el prestigio, la consideración estética, la falta de molestias como por ejemplo el humo y el ruido, para valorizar algunas zonas de la ciudad como residencia de ciertos sectores sociales.

Los sectores medios y las clases acomodadas buscan una clara diferenciación entre el sitio que habitan y el lugar donde trabajan, se trata de obtener una mejor ubicación espacial, así como una plusvalía económica.



Incluso es notoria la separación y el crecimiento de la ciudad en zonas geográficamente bien diferenciadas, dependiendo de la clase social que en ellas se asienta.

Los sectores sociales que habitan en el Centro Histórico obtienen otro tipo de beneficios a causa de la simbiosis de los espacios, como pueden ser la optimización de recursos, la proximidad a muy diversos bienes y servicios o el acceso a experiencias estéticas no frecuentes en otras zonas.

En cuanto a los aspectos económicos, se puede observar de que a pesar de la desaparición del régimen de rentas congeladas durante las modificaciones que sufrió la ley de vivienda en el sexenio de Carlos Salinas, existen aún muy bajos precios en el alquiler del alojamiento. El deterioro de las casas impide a los dueños incrementar demasiado los precios del arrendamiento, mientras que otras se encuentran en proceso de compra o de expropiación por parte de las instituciones gubernamentales, con lo cual los habitantes destinan un mínimo de recursos para su renta.

Un segundo aspecto fundamental es la cercanía hacia los lugares de empleo, pues la mayoría de los habitantes de estas ruinosas vecindades se ocupan en actividades del comercio informal o ambulante. En el caso de los vecinos de Academia número nueve, todos se dedican a esta actividad. La mayoría vende retazos de tela en locales habilitados dentro de la misma vecindad, ya sea en los cuartos o pasillos de la planta baja, otros en el patio de la misma y otros más en el exterior, sobre las banquetas aledañas. Quienes no venden tela expenden diversos tipos de alimentos para los mismos comerciantes y para los clientes que se acercan a comprar.

La tercera razón para el arraigo en estos sitios es la cercanía a los centros escolares, sobre todo cuando los hijos son menores de edad, puesto que en las inmediaciones de estas vecindades se cuenta con primarias, secundarias y preparatorias en ubicaciones próximas, por lo que prácticamente no es necesario utilizar algún medio de transporte. Esta característica es compartida con los sitios de abasto, ya sea de los materiales para los negocios, como para el consumo de las familias. La cercanía con mercados de muy diversa índole, así como con bodegas y expendios de todo tipo de mercancías

resulta un beneficio en cuanto al tiempo de los desplazamientos, como en cuanto al desembolso de dinero para transporte. El testimonio de una de las habitantes de Academia nueve, Cristina, lo patentiza:

Le he tomado cariño a la vecindad o al edificio, no quiero irme de aquí, no sé, me ha dado todo, ora sí que salud, cariño, y me ha dado inteligencia de trabajar y de vender cualquier cosa, y aquí lo tengo seguro, las manos, no gasto en pasaje para ir a traer mis cosas que venda, este, pues me queda cerca, la Merced, y me, y me quedó siempre cerca la escuela para mis hijos; no pago pasaje para, para transportarlos, para llevarlos sino que a la hora de la salida siempre estaba ahí, por eso fue que me gustó, y, y estoy aquí a gusto, me he ido a otro lado, o sea de visita o así; no, no me hallo, ya me acostumbré aquí.

También se tiene acceso —lo que no sucede en otras zonas alejadas del Centro Histórico— a un conjunto de recursos difícilmente asequibles, como por ejemplo una gran oferta de centros recreativos, culturales y de salud, transporte eficiente y económico, principalmente el metro, y un conjunto de elementos estéticos y artísticos a los que se tiene acceso prácticamente sin costo alguno. Desde los arquitectónicos hasta las opciones de entretenimiento en las plazas públicas.



*En el dieciocho fue
un palacio esta casa
Hoy aposenta
a unas veinte familias pobres,
una tienda de ropa,
una imprentita,
un taller que restaura santos.
Baja un olor a sopa de pasta.*
JOSÉ EMILIO PACHECO

La mayoría de las fachadas de los sitios habitados en el Centro Histórico de la ciudad están clasificadas como históricas.

El INAH reúne, ordena y produce información para relacionar una edificación con un hecho de relevancia para la historia de la nación: da cuenta del origen, el destino de la finca construida entre los siglos XVI al XIX inclusive y caracteriza la importancia arquitectónica del inmueble.

Este proceso permite identificar el significado del edificio dentro de la memoria histórica del país [...] De acuerdo con su contexto institucional los edificios adquieren diferentes valores funcionales: determinados por ley, declarados, catalogados y registrados (Paz, 1997: 22).

Esta característica permite su mantenimiento y preservación, pero también impide una rápida negociación con las instituciones encargadas de la vivienda para la construcción de nuevos edificios, en mejores condiciones de habitabilidad para sus moradores.

Habitar en este tipo de sitios históricos trae consigo ventajas y desventajas. A pesar de su deterioro, las antiguas mansiones o palacios porfirianos mantienen características arquitectónicas y estéticas que les proporcionan elementos de mayor belleza y funcionalidad que otro tipo de lugares, como los departamentos del llamado “interés social”, construidos por instituciones gubernamentales como el INFONAVIT o el FOVISSSTE. Poseen por ejemplo techos altos, pisos de madera, habitaciones grandes, escaleras bien diseñadas e iluminadas por luz natural, espacios internos amplios y hasta lugares que son acondicionados como centros de reunión. Estas características se mantienen incluso cuando las vecindades son ruinosas.

Al entrar en las habitaciones de Academia nueve, es posible observar que los cuartos, aun cuando son habitaciones multifuncionales, que muestran graves problemas estructurales, son lugares bien iluminados y sus grandes espacios permiten la colocación de tapancos para acomodar muebles, enseres y objetos diversos. Sus escaleras, a pesar de sufrir graves daños por el uso, el tiempo y los desastres naturales, poseen un diseño adecuado y funcional. Los muros son anchos y permiten la intimidad de sus moradores, que se ve disminuida no por las características de la habitación, sino por la promiscuidad en la que están obligados a habitar. Los espacios comunes son extensos y permiten la interacción, el juego, e incluso —como en este caso— el desempeño de otro tipo de labores como el comercio.



Patio interior de la vecindad, que permite ver sus diferentes usos.

*Los peldaños de cantera
se yerguen,
gastados a tal punto,
que un paso más
podría ser el derrumbe.*
JOSÉ EMILIO PACHECO

Estas ventajas están por encima de las que podrían tener en departamentos que se diseñan en función de criterios económicos, que no consideran las necesidades culturales y sociales de sus usuarios.

Las vecindades del Centro Histórico fueron adaptadas en construcciones diversas:

Añejas edificaciones que alguna vez fueron parte de un convento, vetustos palacios, antiguas casas señoriales, casas unifamiliares de comerciantes y mineros [...] sus propietarios combinaron diferentes usos en un mismo edificio, los subdividieron y los convirtieron en espacios para vivienda barata, locales comerciales y talleres [...] fueron convertidos en vecindades con quince, veinte o cincuenta viviendas, comercios y talleres (Paz, 1997: 28)

Así, la fachada de esta vecindad conserva muchos de los rasgos arquitectónicos de lo que fue una antigua mansión o casona colonial. La entrada, los ventanales, el diseño de los balcones, las escaleras, los barandales, incluso gran parte de los pisos y las vigas de los techos —de madera original—, conservan rasgos del antiguo



esplendor, aunque ya se encuentran parcialmente destruidas.

Al traspasar la entrada, una parte de la cual ha sido habilitada como bodega, se encuentra un patio interior también al estilo de las casonas coloniales. Aunque la mayoría de las añejas construcciones contaban con escaleras al centro, en este caso se localizan en los espacios laterales, dividiendo en dos partes iguales la construcción. La vecindad tiene forma de herradura, de un tamaño aproximado de 80 m de profundidad. Alrededor del patio central están situadas las viviendas. Cuenta con planta baja y dos pisos más.

Las habitaciones son aún de techos altos de más de tres metros, la mayoría de ellas tienen un tapanco. Como esas casas antiguas se han dividido y a su vez subdividido, las viviendas para cada familia cuentan con tan sólo dos cuartos de aproximadamente 16 m cuadrados.

Así, cada vivienda utiliza un cuarto como cocina y comedor, y el otro tiene la función de dormitorio para todos los miembros de la familia. No se cuenta con servicio de agua corriente en ninguna de las habitaciones.

Los baños son comunitarios, situados dos en cada piso y constan de un cuarto en donde se ubica al fondo, pegado a la pared, el sanitario; a un lado una tina, y casi en la entrada, montado sobre algunos tabiques o piedras de manera provisional, un lavadero.

Tampoco en esos cuartos existe el agua corriente, por lo que el líquido debe ser acarreado en cubetas o a través de mangueras y almacenado en tambos y botes, ya sea dentro o afuera de las diversas habitaciones. Esto también es un problema para los servicios sanitarios, puesto que para la limpieza del baño es necesario que cada persona que lo ocupe lleve su propia cubeta de agua; lo mismo sucede con las actividades de aseo personal, para bañarse cada familia calienta el agua en su cocina y después acarrea el líquido hasta el cuarto de baño. Para lavar la ropa hay que llevar cubetas al lavadero.

La limitación de los servicios sanitarios, de agua potable y drenaje causa también problemas para el lavado



Interior del baño comunitario, que incluye un lavadero, también de uso común.

de los trastos, puesto que los utensilios de la cocina deben lavarse en tinas y cubetas y salir a tirar el agua sucia a los drenajes de los patios o de los baños con la consecuente insalubridad e incomodidad.

Para un ciudadano común, resulta inverosímil no contar con agua corriente por lo menos a la entrada de la casa, sin embargo esta situación —a todas luces insostenible— es cotidiana en este tipo de vecindades; ni agua ni drenaje están a la disposición en las habitaciones, solamente la energía eléctrica, gracias a que puede ser fácilmente conectada por un cableado artesanal, instalado de manera provisional, que sin embargo funciona durante años. En muchas ocasiones, el no pagar ninguno de estos servicios de infraestructura urbana contribuye al sostenimiento de las familias.

Dentro de las habitaciones de la casa lo primero que resalta es la falta de espacio, es decir, hay hacinamiento. Son habitadas por grupos compuestos de un mínimo de cuatro personas y un máximo de nueve; se trata de familias extensas, aunque no en términos clásicos, ya que por lo común son incompletas, la mayoría por ausencia del padre. En varios casos los que habitan son la madre, los hijos menores y la nueva parentela de alguno de los vástagos mayores. En otras ocasiones es algún pariente que se ha anexado, ya sea porque es un nuevo emigrante, que no posee los medios para acceder a una vivienda propia, o por la precariedad de las condiciones económicas por las que atraviesan los habitantes, lo que los obliga a aceptar a nuevos miembros para compartir los gastos.

Lo privado, lo público y lo íntimo adquieren aquí otros significados. La mirada, la escucha, las apreciaciones de los sentidos, no siguen los códigos establecidos por la modernidad occidental. Padres e hijos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, conviven en los mismos espacios, comparten experiencias, cohabitan.

Así, en las habitaciones pueden verse literas o colchones encimados que sirven durante la noche para poder acomodar a quienes ahí duermen; por la mañana,

una de las primeras tareas a realizar es la de levantar y ordenar los diversos muebles utilizados para dormir y así dejar espacio libre para transitar por las habitaciones y llevar a cabo otras actividades.

Las limitaciones de espacio, así como los bajos recursos económicos, obligan a una austeridad en cuanto al mobiliario y a la decoración, son pocos los muebles que pueden verse en estas habitaciones, pero sin la ausencia de aparatos electrónicos como televisores, videograbadoras, reproductores DVD y aparatos de sonido, que son imprescindibles. Pueden encontrarse en todas las habitaciones y a veces en más de una unidad. Los otros muebles como comedores, salas, libreros pueden o no existir, con lo que se marca una clara distinción entre lo necesario y aquello de lo que se puede prescindir. Según Baudrillard:

Al mismo tiempo que cambian las relaciones del individuo con la familia y con la sociedad, cambia el estilo de los objetos mobiliarios [...] Las cosas se repliegan y se despliegan, desaparecen, entran en escena en el momento deseado. No cabe duda que estas innovaciones no constituyen de ninguna manera una improvisación libre: las más de las veces, esta mayor movilidad, conmutabilidad y oportunidad no es sino el resultado de una adaptación forzosa a la falta de espacio (1979: 15).

La cocina es también prodigio de improvisación, los objetos se apilan por doquier, proliferan las cajas de cartón o los huacales, que sirven de estantes para acomodar todos aquellos utensilios que se requieren para las tareas más cotidianas. Una más de las características de estos lugares es la movilidad como señala Baudrillard. Los enseres de la cocina se desplazan a voluntad: la mesa, las sillas, son arrinconadas para poder realizar desde las labores de la limpieza, hasta el trajín con los productos para la comercialización. Cuando llega la hora de comer, vuelven a su sitio para la preparación de los alimentos, que no necesariamente se consumen en la habitación; por lo general son preparados para bajarlos a los locales o a los puestos e ingerirlos en los mismos lugares de trabajo. Sólo en el desayuno, la cena o cuando se prepara una comida formal, ya sea para visitas o por alguna celebración, se conforma un entorno que cumple la función real de un comedor.



El exterior de las viviendas es un abigarrado conjunto de enseres, ya que las limitaciones del espacio no permiten que dentro de la casa se puedan guardar todas las propiedades de sus habitantes. Las paredes exteriores de los cuartos, las escaleras, las azoteas y los patios sirven para acomodar y colgar todos aquellos objetos que no tienen un gran valor: tinas y cubetas, amontonados los tanques de gas o los juguetes de los niños, arrinconadas bicicletas y enredadas en los barandales las mangueras. El exterior de las viviendas muestra un sinnúmero de utensilios. Otra de sus características es la existencia de los tendederos de ropa, ya que la vecindad no cuenta con ningún lugar habilitado ex profeso para lavar y tender; es necesario lavar en los baños y tender con lazos y garrochas afuera de los cuartos. Así, el centro del patio, de pasillo a pasillo, se convierte en una telaraña de cordeles de donde penden cobijas, manteles, calzones, camisas o pantalones, a todas horas del día; en la noche son retirados, puesto que es frecuente el robo de las pertenencias entre los mismos vecinos.

Los baños, como ya se dijo antes, constan de la taza del sanitario, sin tanque de agua, una tina que no posee ningún tipo de conexión al drenaje y el lavadero. Tienen una puerta desvencijada que es necesario atrancar por dentro con algún objeto, para que no sea abierta mientras el baño está en uso. Para separar de algún modo los servicios internos, se cuelga un trapo sobre un mecate, que hace las veces de cortina de baño, así pueden entrar dos miembros de la familia y mientras uno se baña, el otro puede ocuparse de lavar algo de ropa.

Al no pertenecer a ninguno de los vecinos en particular, nadie se hace cargo de la limpieza de los baños, así que se encuentran en un estado deplorable, insalubre, no hay ningún lugar para recolectar la basura, por lo que ésta se encuentra tirada en todas partes. La falta de ventilación y de iluminación adecuada —puesto que originalmente no eran habitaciones destinadas para estos servicios— produce la formación de manchas y los olores a humedad y a suciedad. En los adultos ya no produce repugnancia, pero a los niños pequeños se le impide usar el baño, por lo que ellos evacuan en bacinicas dentro de sus casas y los mayores se encargan de tirar los desechos al sanitario. Como señala Soto:

La orientación del movimiento civilizatorio en el sentido de una privatización más intensa de las funciones corporales, y el confinamiento y reclusión de éstas tras la “puerta cerrada de la sociedad”, se muestra claramente en el proceso civilizatorio del baño y la satisfacción de las necesidades físicas naturales, [...] una faceta que puede ser pública, que puede ser visible al trato de los seres humanos y otra que no puede serlo, y que ha de mantenerse en la intimidad o en lo secreto (1992: 22).

En estas vecindades, los pudores y las vergüenzas adquieren otro significado; las condiciones de vida hacen más laxos los límites de lo privado, lo secreto y la vida pública. La exposición a la mirada externa es admitida en la medida en que no pueden ser modificadas las formas de habitar, en que sólo se buscan paliativos que traten de guardar las apariencias, las formas sociales, las normas de urbanidad que se adoptaron a partir del advenimiento de la modernidad occidental.



*Las ruinas no son ruinas
El deterioro
es sólo de la piedra
inconsolable.
La gente llega,
vive, sufre, se muere.
Pero otros llegan a ocupar
su sitio*

*Y la casa arruinada
sigue viviendo.*
JOSÉ EMILIO PACHECO



A pesar de todas estas condiciones, de la precariedad, del sufrimiento, de las molestias, de la dureza en las formas de vida, los habitantes de estas vecindades no están dispuestos a abandonarlas; mantienen fuertes sentimientos de arraigo; muchos han nacido ahí; otros llegaron siendo pequeños. En esos muros, en estos sitios, han atesorado recuerdos, han acumulado experiencias de vida, han atravesado por un proceso de defensa de los lugares en los que habitan y trabajan, todos ellos elementos que dan forma al significado que le otorgan a los espacios.

Aquí nacieron mis hijos, aquí he sufrido, ora si que, muchas cosas que, que se va agarrando cariño, ¿no?, porque yo, yo aquí llegué de niña y de niña empecé a ser, este, comerciante, o sea, siempre, este, siempre, a lo mejor al principio no valoré este mismo lugar donde uno está, pero ya con el tiempo reaccionas, ¿no?, dices, bueno, gracias a este lugar yo no me convertí en una, por ejemplo, en una drogadicta, una prostituta, sino que, en el lugar donde yo estoy, me ayudó a, me ayudó, a ser gente (Cristina, habitante de la vecindad de Academia número nueve).

BIBLIOGRAFÍA

- Baudrillard, Jean, *El sistema de los objetos*, México, Siglo XXI, 1979.
Gortari Rabiela, Hira de y Regina Hernández Franyuti, *La Ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*, México, Instituto Mora/DDF, 1988.
Lindón Villoria, Alicia, *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El valle de Chalco*, México, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense, 1999.
Paz Arellano, Pedro, “Entre edificios y monumentos históricos”, tesis de Maestría, ENAH, 1997.
Sánchez Estévez, Reyna, *Los símbolos y los movimientos sociales. El caso de Superbarrio*, México, TICOM/UAM-X (en prensa).
Soto Walls, Luis, *El diseño de lo privado. El baño*, México, UAM-A, 1992.